

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / Vol. 24 - Nro. 26 - Año 2020
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Ave (Annie Vásquez) / *Lares* / de la serie *De alojamientos* / 2012 / mixta sobre tela / 35 x 35 cm

Entrevista

ENTREVISTA



por Marisol García Romero
Universidad de Los Andes, Venezuela

Prof.
José
Gregorio
Vásquez C.



¿Cómo citar?
García Romero, M. (2020). "Entrevista al profesor
José Gregorio Vásquez C".
Contexto, 24 (26), pp. 233-258.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Entrevista al profesor José Gregorio Vásquez C. Entrevista realizada por Marisol García Romero

José Gregorio Vásquez C. es profesor de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela) y director de la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación.

Usted es reconocido como editor desde hace muchos años. ¿Cómo ve el panorama actual en el país de la edición de obras literarias tanto de creación como de crítica?

Mi tarea como editor viene de los años 90, de los finales de esa década, cuando, queriendo publicar, me encontraba con las manos atadas por las grandes limitaciones que tenía cualquier estudiante con las mismas condiciones precarias que albergaban nuestras familias. Ese fue el caso de muchos como yo, quienes no podíamos ir más allá de nuestra pobre realidad económica. Nuestra generación en la Universidad de Los Andes, en el Táchira, venía de ese lado de la estrechez. Habíamos optado por hacer estudios universitarios en una institución que nos permitía la gratuidad, una condición necesaria en ese tiempo que nos facilitó poder salir adelante. Una especie de sueño imaginario que nos permitía pensar en un mejor tiempo para nuestra vida. Vislumbramos un pequeño horizonte nada común que se fraguaba en la lucha cotidiana por hacer que el camino fuera de verdad una posibilidad en el tiempo.

Con mis compañeros de generación creímos en la literatura como uno de esos lugares para encontramos con los temas esenciales de lo humano. Todos emprendimos con urgencia, con una urgencia, si se quiere, de almas viejas, la necesidad de escribir. Algunos de nosotros teníamos ese mandato, impuesto por un algo que nos protegía y, a la vez, nos dejaba en la más sombría de las intemperies. Llevar al papel aquella afrenta que implicaba escribir y publicar era una “pequeña” posibilidad que de seguro nos ayudaba a crecer y a soñar.

Hoy, en particular, creo que ese impulso ciego y tormentoso nos afanaba y al mismo tiempo nos silenciaba. Lo que logramos publicar ha quedado como herida de un tiempo, como marca en el papel de ese tiempo, como lesión que aún nos permite decir a pesar del dolor que representa. La poesía nos ayudó a comprender que lo humano estaba más allá de la forma, de aquello heredado e impuesto por la tradición, incluso de aquello que los manuales enseñaban acerca de sus aspectos esenciales.

La poesía nos ayudó a comprender que lo humano estaba más allá de la forma, de aquello heredado e impuesto por la tradición, incluso de aquello que los manuales enseñaban acerca de sus aspectos esenciales.

La palabra nos apretó el destino, nos silenció, pero lo hizo con la fuerza de esa edad, del impulso de la sangre que a esa edad palpitaba también en el papel. Fue así que logramos pasar por encima de las negaciones y logramos, algunos, publicar lo que habíamos creado, repetido, encontrado para nosotros como ofrenda de nuestro tiempo y de nuestra soledad.

Casi siempre todo comienza así. Nuestro afán hizo que lo imaginado pudiera hacerse real solo si nosotros juntábamos con esfuerzo los recursos para llevarlo adelante. Así hice mis propios libros. A falta de otras posibilidades, debía emprender un camino distinto por ser joven, por no tener obra, por no tener recursos, por no ser conocido. No es una tarea fácil incluso para aquellos que tienen obra, que son reconocidos, leídos, y han logrado un camino en el panorama de la literatura nacional. Y no lo es porque publicar en Venezuela, quizás como en algunos países de Latinoamérica, no es tan sencillo. Todo nos cuesta el doble. El esfuerzo que debemos lograr es mayor al que de seguro pueda ser en España, en México o en Argentina.

Ante todo este agravio, yo quería que la palabra no se quedara escondida en el anonimato. Mi primer libro, *Lugares del silencio* (1998), hizo que emprendiera en ese mismo momento, un camino, un oficio, un pequeño saber en el afanoso arte de la edición. Aprendí los primeros pasos de este oficio de un maestro que supo siempre llevarme por este camino difícil, que exigía de mí una preparación en el uso de los programas y de las competencias básicas para emprenderlo. Se trataba del profesor Wilson Agudelo. Él diseñaba los boletines de la APULA-Táchira. Su experiencia y su bondad permitieron que yo aprendiera poco a poco, mirando, observando consumo cuidado el trabajo gráfico que él realizaba. Ese aprendizaje me ayudó a emprender un camino distinto, ya no solo desde la literatura: ahora era también el de la edición y el trabajo editorial.

En Mérida, la posibilidad de pensar no solo en los aspectos gráficos del libro, sino en toda su hechura, en todo su concepto, me permitió comprender mayormente esta tarea editorial. Fue así que pude organizar proyectos editoriales para muchas instituciones, llegando a hacer libros de toda índole. Esa experiencia me ha traído hasta este día. Sigo haciendo trabajos editoriales. Organizo proyectos editoriales. Asisto a instituciones y personas para que puedan desarrollar sus proyectos en este ámbito. Claro que ahora tenemos más limitaciones que antes. Nunca estuvimos exentos de tenerlas.

La difícil situación de nuestro momento no permite que la industria editorial tenga su bienestar. En Venezuela, todos lo sabemos, no se producen los suministros para la industria gráfica. Se hace solo una parte del papel. Lo demás viene de afuera, de otras grandes industrias que han tenido la posibilidad de crecer en otros países. Tuvimos siempre la posibilidad de comprarlo todo, nunca de producirlo. En algún momento se produjo la tinta de impresión aquí, y se produjo a pesar de que todo se seguía comprando afuera. Quizás tenemos esa pavorosa forma de ser: todo, menos producir.

No juzgo que uno tenga que adquirir la tecnología que viene de otros países, pero los suministros básicos, al menos, podríamos hacerlos.

En los 2000, en un afán de comprender la tarea editorial con mayor amplitud, emprendí un viaje por Suramérica, porque sabía que la industria gráfica y editorial estaba más desarrollada en países como Colombia, Ecuador, Argentina, México. En Colombia se fabrican papeles de muy alta calidad. En Ecuador tenemos las imprentas más grandes del sur y en Argentina, en particular Buenos Aires, la industria editorial, como en México, ha sido desde hace mucho tiempo una industria que ha permitido un desarrollo enorme para la cultura del libro. Hay mucho que decir de estas experiencias. Lo cierto es que, comparada con la nuestra, ha sido mayor, pensada y ampliada a la mano del tiempo que transcurre. Lo cierto es que no funcionó nunca así en Venezuela, y por eso se ha venido a menos la importancia de la industria editorial, sobre todo, la industria de la impresión. Quizás ha crecido la tarea editorial por el avasallamiento del mundo digital, pero esa tarea también exige de equipos y de posibilidades eléctricas y de cuidado, de buena internet, de plataformas sólidas en la web, y en ese aspecto estamos aún comenzando. Nunca podemos dar pasos seguros. Todavía dependemos de otros que hacen la tecnología y los programas para estas tareas. Es un constante comienzo el que nos lleva hacia delante, o quizás, un constante deseo de comienzo el que aún nos mantiene en un lugar sin poder dar un paso más, necesario y seguro.

Mi experiencia la sigo sosteniendo con estudio, con trabajo, con esmero, de manera individual. Sigo apostando por un mañana despejado de limitaciones. Sigo creyendo en la necesidad de aprender mejor este oficio. He enseñado, con las posibilidades de mi experiencia, que debemos tener ese compromiso para el camino y el porvenir de nuestra industria editorial. El libro tiene un lado comercial que no podemos negar; tiene otros lados que nos animan a seguir encontrando diálogos, pero el comercial, el de la promoción, el del desarrollo, es un camino indispensable y aún no logramos verlo en todas sus dimensiones.

LOS PROYECTOS EDITORIALES UNIVERSITARIOS

En la década del 2000 llevé a cabo con varias instituciones un trabajo editorial vasto: comencé con la Universidad de Los Andes, con la Dirección de Cultura de la ULA, con la Universidad del Zulia, con la UNELLEZ, con instituciones públicas y privadas que producían muchos trabajos académicos y que necesitaban desarrollar líneas editoriales en ese entonces, con ese lado no solo académico que un libro pueda tener, en el caso de las instituciones universitarias, sino ese otro, olvidado o apartado que representa hoy la posibilidad de que el libro académico pueda ir a públicos mayores. Participé de muchos proyectos editoriales en esa época. Estuve cercano a la producción, al menos de unos tres mil libros en una década.

Esa experiencia nos sigue diciendo que, con esfuerzo, podemos crecer en el futuro de estas empresas editoriales; con las limitaciones que tenemos, como bien lo sabemos, pero con la impronta de seguir difundiendo nuestras investigaciones, estudios, creaciones, diálogos. Necesitamos decirnos aún más lo que somos en tanto venezolanos, decirles a los otros lo que hacemos, lo que sabemos, lo que podemos dialogar. Creo que tenemos mucha tarea por hacer. Debemos superar las imposibilidades.

EDITAR HOY EN VENEZUELA

Hoy hemos vuelto a esa realidad limitada de cuando yo comencé a trabajar con los libros, pero ya no de nuestra parte; ahora es de parte de los insumos. Todo lo sucedido en el ámbito editorial venezolano se ha interrumpido en este momento. No producimos materias primas para la edición de libros como le he señalado.

Dependemos de papel, tintas, planchas, negativos, repuestos para las máquinas, servicios que se han deteriorado porque muchos de los técnicos que remendaban las máquinas en este país se han ido. Nuestra industria editorial está muy deteriorada.

El Estado logró desarrollar una enorme producción de libros, ahora menguada por la misma situación de precariedad en los insumos. La industria privada sigue haciendo ya en mucho menor escala trabajos editoriales que siempre han permitido mostrar las otras caras de esta tarea. Los motivos todos los sabemos. Nuestros sueldos no permiten comprar libros comúnmente. Los mercados han ido cerrando. Las ofertas editoriales también. La producción académica y personal se ha visto apagada por la situación país que vivimos. Aun así, hay labor, hay entusiasmo, hay libros, hay editores, hay librerías, pocas, pero con el sacrificio que representa estar abiertas, siguen ahí, motivándonos, permitiendo que tengamos pequeñas posibilidades. Necesitamos que haya cambios estructurales: los libros, el pensamiento, la escritura, las ideas, los saberes, deben seguir siendo el camino para el porvenir.

Veo salidas para el mundo editorial por el camino de las ediciones digitales. Creo que seguiremos trabajando muy a pesar de las limitaciones. Quizás las limitaciones permitan que podamos tener mayor esfuerzo, más iniciativa, entusiasmo y perseverancia para superar las imposibilidades que nos traza la desactualización de la tecnología, la migración de talento, la escasez de la electricidad en las regiones del occidente del país... También veo que el camino de la edición, quizás no de la impresión en este momento, pero sí del trabajo editorial que podemos ofrecer desde este país para otras empresas, desde el mundo digital, sea cada vez más favorable.

Necesitamos decirnos aún más lo que somos en tanto venezolanos, decirles a los otros lo que hacemos, lo que sabemos, lo que podemos dialogar. Creo que tenemos mucha tarea por hacer. Debemos superar las imposibilidades.

A lo mejor, la posibilidad de que nos contraten desde afuera haga que tengamos más oportunidades en el mercado extranjero sin salir de casa. Toda imposibilidad crea una brecha en el camino que nos ayuda a seguir de otra forma. La derrota es para aquellos que se detienen, no para los que sobrepasan las imposibilidades.

Sabemos que fue alumno cercano del profesor José Manuel Briceño Guerrero. Fue su editor durante los últimos veinte años de su vida. ¿Qué significó para usted trabajar su obra en este mercado editorial venezolano?

Lo conocí en unos seminarios permanentes, aunque desde San Cristóbal ya sabía de él. Cuando llegué a Mérida, el profesorestaba leyendo literatura inglesa, leía y comentaba la obra de Shakespeare, pero ya antes habían pasado casi treinta años de lecturas de otras obras esenciales en sus distintas lenguas. Su mayor pretensión consistía en hacernos escuchar la música misma de cada autor: esa música habitaba en la lengua, en el sonido puro de la escritura, en la obra secreta que deshilvanaba cada página, en el pensamiento que el escritor despertaba para nosotros, en su carácter esencial y universal como ofrenda a nuestro tiempo.

El profesor nos abrió las puertas de su seminario para que pudiéramos entrar en diálogo con la tradición literaria, con los estudios del lenguaje, de las lenguas antiguas y modernas. También nos permitió entrar en otro diálogo con la escritura, con la reflexión sobre los temas esenciales de lo humano, con conocimientos que estaban más allá de las palabras. Era un maestro y nos ayudó a comprender nuestro camino. Yo venía de San Cristóbal motivado por la posibilidad de realizar la Maestría en Literatura de la ULA. Traía como, dice Pamuk, una pequeña maleta y muchas y entrañables preguntas para la vida. Con algunos compañeros habíamos creado en la universidad un grupo llamado ALUNA, con el apoyo de usted como profesora. Fue un grupo que forjó la idea de abrir seminarios (como el hasta hoy abierto del querido profesor Enrique Flores sobre la lectura de la mitología griega), grupo que nos permitió decir y hacer más allá de las aulas; pensar y repensar la literatura y los oficios que se preservan detrás de las letras. Fue justamente el profesor Enrique el que nos puso en contacto con el profesor Briceño Guerrero. Gracias a él, nosotros emprendimos un viaje por una obra y por las enseñanzas de otros maestros que admirábamos desde siempre. Esa cercanía con él en Mérida hizo posible que yo pudiera fungir de editor de su obra y así lo hice durante los últimos años de su vida. Aún hoy sigo trabajando en ello junto el apoyo de su familia. El profesor Wilmer Zambrano y yo hicimos un trabajo enorme para hacer que los estudiosos y lectores de esta obra pudieran tenerla a mano en ediciones nuevas y revisadas en conjunto durante sus últimos años con nosotros. Fueron años singulares, años llenos de tanta vitalidad al lado del profesor y su obra, una obra que sigue escribiéndose incesante y verdadera cada vez que la leemos.

Aprendimos que siempre se hacía universidad cuando se estudiaba realmente más allá de las márgenes de un programa o de un esquema de repeticiones al que estaba acostumbrada la academia, poco dada a la reflexión y al diálogo, sobre todo acostumbrada a ese diálogo infértil que atormenta y agrede la palabra para hacerla decir sin la fuerza profunda y sincera. Los estudios deben propender más allá de una evaluación o de un estricto orden de asistencia; más allá de lecturas teóricas, venidas muchas de las modas y de las superficies que buscan olvidar el texto original; más allá de una nota que dijera si sabíamos o no de algo. Él nos enseñó el valor de recorrer la obra y de escucharla sin intermediarios, de guardarla en la memoria para el tiempo, de enseñarla, si fuera posible, con el mismo fuego que pueden contener las páginas del arte hecho palabra.

El profesor siempre escribió sobre la universidad que le tocó vivir, y aún más de la universidad sentida y comprendida desde la esencia misma del pensamiento occidental. Su obra es reflejo de esta reflexión, de parte de esta reflexión. El maestro enseñó la universalidad del pensamiento con el ejemplo y la constancia. Su solo nombre causa en algunos rincones de nuestra sociedad un estremecimiento; en otros, un malestar. Sabemos que no pasa por la garganta de algunos su nombre con tanta facilidad. Sabemos qué es este sentimiento y quizás por ello lo terminamos aceptando como quien se levanta y encuentra que está lloviendo aun con el sol por dentro. Lamento que, en ese intento de estimarlo, muchos se hayan quedado tan lejos de lo que en verdad significó su presencia en Mérida, en Venezuela, en la cultura, en la filosofía, en la literatura y, por sobre todo, en la universidad que hemos venido heredando. Lamentamos que se conozca poco su obra: quizás esta realidad nos permita difundirla más, acercarla más a las nuevas generaciones.

Más allá de estas limitaciones, seguimos estudiando el significado profundo de esta obra, de su pensamiento sobre nuestra cultura, de su reflexión en torno al lenguaje y a nosotros mismos. El amor profundo por enseñar de verdad. El juego infinito de las lenguas que nos traía para comprender el lado misterioso de las obras fundamentales que han labrado y enriquecido a la gran literatura. La importancia de su olvido de los géneros ahora comienza a tener y a responder por un estilo ya de nuestra literatura. Su pensar y repensar a Venezuela desde un lugar donde se puede pensar y decir el pensar a través de la palabra. Sus silenciosos nombres, los *Dóulos Oukóon* que siguen aquí. El gran respeto y admiración por las culturas populares, por la savia de los campesinos, por el don de gente de los más sencillos que muchas veces enseñan lo verdadero de la vida con otra transparencia. Todo un mundo, uno pequeño para muchos; uno significativo y necesario que nos recuerda su paso por este nuestro tiempo. “Si durante un segundo no jugara ningún niño sobre la tierra, se desintegrarían las galaxias”, nos decía con afán y alegría. Necesitaba que aprendiéramos a leer, y leyendo, a estudiar, para poder así comprender nuestro destino.

Desde hace más de veinte años, la obra del profesor nos sigue permitiendo viejas y nuevas preguntas. Todas ellas debemos dejarlas aquí para todos, en voz alta. Perviven

en sus libros, y por eso es que la lucha incansable por continuar labrando su obra en el mundo editorial ha sido un norte de algunos de sus alumnos.

¿Qué de secreto y qué de visible nos queda de la obra del querido profesor J. M. Briceño Guerrero? ¿Qué de secreto y qué de visible nos permite entrever la obra de Jonuel Brigue? ¿En qué espejo podemos mirarla? ¿En qué espejo podemos mirarlo? ¿Qué representa para nosotros la obra de J. M. Briceño Guerrero y la obra de Jonuel Brigue, a la luz de al menos unos treinta y dos títulos publicados? ¿Cómo rendirle homenaje al hombre que hizo posible un camino de reflexión hilando con palabras de viracochas y con silencios de pueblos originarios las múltiples voces del alma común de las Américas, y otro de ficción instalado a través de una voz que guardó bajo el heterónimo Jonuel Brigue, voz que anduvo trabajando con lo que todavía no es, construyendo así lo nuevo con los restos del presente? Quizás a partir de su obra de reflexión tengamos siempre presente algunos aspectos de esos que encontramos en obras tan singulares como *¿Qué es la Filosofía?*, *América Latina en el mundo*, *El origen del lenguaje*, *La identificación americana con la Europa segunda*, *el Discurso mantuano*, *el Discurso salvaje*. Quizás a partir de la lectura de su obra sigamos viendo admitida en ella la idea de que seguimos erigiendo monumentos y pensamientos a una tradición heredada, muchas veces falsa y engañosa, pero muchas veces dominante sigilosamente. Lo que sí es cierto es que seguimos ocultando nuestra voz en otras voces que predominan en nosotros. Esas voces constantemente nos interpelan preguntándonos: ¿qué somos, qué decimos desde lo que somos, qué se esconde en verdad en esto que queremos ser y decir?

En ese maravilloso y difícil discurso de las ideas germina para nuestros estudios la gran posibilidad de volver a repensar los temas esenciales de nuestras culturas a partir de otros ya elaborados con argumentos y documentaciones de orden histórico y social. Sin embargo, en la obra de pensamiento del profesor vemos un nuevo discurso dramático que nos permite interiorizar esas distintas voces para comprender de dónde vienen, y de dónde vienen nuestras grandes contradicciones en tanto herederos de múltiples culturas.

Seguimos sosteniendo un edificio que ya se desmorona por sí solo porque necesita hacerse de otras formas, construirse de otra manera, soñarse con otro tiempo, hablarse con palabras cercanas y profundas.

Esperamos que quede entre nosotros la memoria de esta obra, de este pensamiento, de estas líneas que tazaran el destino de un hombre que trabajó incesantemente por comprender, a partir del lenguaje, bajo el imperio de la reflexión, lo que somos en tanto venezolanos, en tanto herederos de occidente, en tanto descendientes de una lengua, de unas formas vitales de mirar y de comprender el mundo de las Américas. Abogamos por seguir manteniendo esta cercanía, estos pasos hacia una obra bicéfala donde pensamiento e ideas comunican desde distinto lugar una literatura que desmorona la idea; los géneros literarios todos en la escritura como nueva y extraordinaria manera del decir, de un decir más cercano a nuestro sentido trágico de vida.

Su obra socava lo poco, lo extraño, lo que no hace ruido, lo que bulle allá en lo oculto. Su obra se hunde en las palabras. Nos permite leernos en ella, vernos reflejados en ella, escucharnos. Me siento agradecido al saber que acompañándolo y ayudándolo en esa enorme tarea de la edición de sus libros colaboré en parte con esa afanosa tarea del decir y del pensar que él logró reunir bajo otras formas quizás más agudas y esenciales en sus libros. En ellos se volcó siempre a evitar sobre todo el trágico olvido que heredamos: solo en el papel queda resguardada algo de la memoria de otros tiempos, de otras culturas, de otras lenguas.

Usted ha trabajado a lo largo de estos años en la Universidad de Los Andes en la Escuela de Letras, en cursos que se dedican a la lectura y comprensión de la poesía. ¿Qué importancia tiene para usted hoy seguir con este afán?

Hace unos días estaba releendo con admiración la traducción que hizo Rafael Cadenas de algunos textos de Whitman, y me detuve en una reflexión que el poeta de *Hojas de hierba* hacía acerca de la poesía: “El problema de la mayoría de los poemas es que no son sino solo poemas, todo poesía, todo literarios, no, en ningún sentido, humanos”. Si nos detenemos en estas líneas y vemos lo esencial que ellas representan, podríamos entrever entonces el por qué de esta necesidad de seguir insistiendo en los cursos sobre la poesía que abro cada semestre para los estudiantes de mi escuela. También debo confesar que estos cursos se daban anteriormente de manera esporádica, nunca continuos, quizás porque no es tan sencillo como pensamos que hablar sobre poesía, decir sobre la poesía, sobre el poema, el poeta, el sentido originario de esta labrada afrenta con el lenguaje, la música, el ritmo, la melodía, el silencio, el rostro inefable de la escritura, sea algo sencillo. Dicto estos talleres y algunos seminarios convencido por la palabra y el silencio poético, y aún más convencido de que a través de ellos puedo ayudarme a comprender con los estudiantes la afanosa tarea y el profundo significado que guarda la poesía, la tradición poética, la imagen y la musicalidad para nuestro tiempo, la ceremonia secreta que es un poema, la difícil confesión que protege la palabra. También porque estoy convencido, además, de que a través de la poesía podemos comprender los fundamentos primordiales de lo verdaderamente humano y así insistir en buscar en los poemas eso que hemos extraviado en tanto humanidad. Whitman lo buscó durante toda su vida. La afrenta que le impuso un tiempo le permitió leerlo y escribirlo con mayor amplitud, con mayor afán, con ojos elevados fuera de las convenciones, lejano a los murmullos infaustos que impone una sociedad. Sus hojas son las hojas que nos permiten mirar profundamente el tiempo que vivimos. Escribió para nuestro tiempo innegable. Vislumbró la soledad y el desamparo, la terrible indolencia de lo humano ante evento tan dolorosos como este que nos maltrata en este momento. Whitman nos canta la poesía, la palabra, el aire puro de la sencilla palabra que ha despertado siempre lo sublime.

¿Cuál es la historia de un poeta? ¿Dónde está la vida de un hombre de letras, de uno que decide, como si algo pudiera decidir, volverse único con la palabra, encontrarse a sí mismo con el destino de las palabras, con la magia de las palabras, el aroma del lenguaje, la maravilla de las lenguas, la emoción de todos los sonidos que habitan la palabra? La historia de un hombre así es la historia de muchos poetas. Hay uno en particular que me desborda constantemente. En él celebro la literatura, la vida, la armonía, la noche y su silencio, la noche y su soledad, las palabras antiguas, el afán insondable de la escritura y de la aventura por los libros. Ese poeta es Borges. Nacido a finales del siglo XIX, hereda para nosotros, sus lectores, la magia de ese tiempo... y con él, la posibilidad de encontrarnos con una de las figuras trascendentales, quizás el más importante de la lengua española en el siglo XX. Borges hizo una obra que hoy sigue causando admiración y estudio. Un poeta, un ensayista, un narrador que comprendió el universo literario de otros, para poder con ello comprender los símbolos universales del sagrado oficio de la escritura; sigue vital en los estudios de nuestra literatura hispanoamericana. Yo diría, como bien lo dice Piglia, que está, en nuestros estudios hoy de la literatura, de lo kafkiano y lo borgiano, solo a partir de estos caminos, la comprensión de los temas más singulares de la escritura contemporánea.

Borges creció al lado de “un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles”. Nació en Palermo, ese barrio de Palermo, humilde, pobre. Nació el último año del siglo XIX como lo comentamos. Heredó, como acontecimiento capital de vida, la biblioteca de su padre. Allí encontró el mundo de la literatura, el mundo mágico de Dickens, Stevenson, Chesterton, Milton, Meyrink, London, y los relatos de Edgar Allan Poe, de Víctor Hugo, Zola, Flaubert, Guy de Maupassant, Daudet, Tolstói, Wells, Wilde, Papini, Kafka, incluso el mundo de *Crimen y castigo* de Dostoievski, pero también el maravilloso e infinito mundo de las *Mil y una noches*; también el singular mundo Melville, de Carlyle, Lugones, James, Hawthorne, el Quijote, Quevedo, Góngora, Garcilaso, Gracián, entre tantos otros orbes apagados y despiertos en los libros de la biblioteca de su padre. Pero no solo fueron en él esos nombres; también nos permitió la grata compañía de la voz de sus maestros: Rafael Cansinos Assens, Lugones, Macedonio Fernández... y en todos ellos, la voz lejana y única de la memoria, y en algunos de ellos, la voz secreta de las calles de Buenos Aires: de una ciudad, de la ciudad de Kavafis, de la ciudad de Whitman, de la ciudad que siempre aviva la condición efímera de la palabra y de la ausencia: quizás de la ciudad que nos habita mientras estamos ausentes. De allí su vasta lectura y comprensión de la literatura universal. De allí también su vasta obra como necesidad para decirse el universo, no solo el del Alef, sino ese otro que preservamos en la memoria y en el olvido.

Con Borges hemos aprendido a leer el mundo, a leer el contenido de ese mundo tan cercano y tan lejano a veces y confuso. Pero Borges no solo nos enseñó su orbe de lecturas: también nos permitió ver eso otro que nos habita, que nos contiene, nos abisma y nos hace partícipes de una realidad no lejana y escondida. Nos mostró el borde de las ciudades, el

borde del lenguaje, el mito secreto del abismo en nosotros, el mito escondido de las palabras que también usamos. Ese acontecimiento no menos capital le permitió descubrir los arrabales. El solo hecho de haber pasado sus primeros años a las afueras de Buenos Aires, le ayudó a decirse sus orígenes, el destino de Palermo, el cuchillo de los compadritos y la mitología que esas calles guardaban. Allí creció, allí vivió. Aunque su mundo era otro, el de los libros, algo de ese otro aire también habitó su lugar secreto y, luego, muchas páginas de su célebre obra literaria y ensayística. Algo de ese otro Borges vivía al lado de su infancia y su adolescencia. Algo de ese otro Borges escuchaba el sonido del fuelle, el aire de una ciudad marcada por la migración, las voces secretas y olvidadas de la noche, las mitologías que rondaban en los arrabales de Buenos Aires. Así encontramos esos rincones periféricos en muchos de los textos enigmáticos con los que comenzó a construir su mundo literario. Las calles secretas de la noche, los sonidos viajando en el compás de un bandoneón que se hacían mitología en la afrenta de los compadritos. El sonido íntimo de un instrumento cuando abre y cierra la nostalgia. A ese Borges lo hemos encontrado ahí; al otro lo hallamos en muchos de sus libros más audaces y recónditos. Dedicó su vida a decir sobre la literatura desde la experiencia personal de su mundo hecho de letras, de libros, de sonidos, de silencios, de callados silencios ante la luz. Hoy ese solo recuerdo de un escritor me permite decir los lados de la poesía, la importancia de estar atentos a todo lo que sucede en el lenguaje, de crear a partir de la magia que cae con el silencio y con el fuego de secretos que son los símbolos y las palabras. Por todo ello es que sigo pensando en la poesía como camino, uno verdadero, para enseñar, para escuchar, para aprender, para intuir y compartir lo humano, lo demasiado humano según Nietzsche.

¿Pero es la poesía un oficio puro del lenguaje en los poetas?

Cada poeta deshilvana el tiempo, lo trastoca, los desdibuja inclusive, lo disimula, lo subvierte, para hacer que la importancia de su texto no radique solamente en esa forma diáfana que cuida y contiene la palabra, sino en esa otra que habita con la misma intensidad la esfera esencial del lenguaje que es la poesía, que es el tiempo, que es la naturaleza de ese tiempo. El tiempo nos lleva de la mano de un poeta a descubrir con él y a encontrar con él las formas que impone la tradición, pero de igual manera, a encontrar en otro lado, quizás distinto, quizás el mismo, y que está en el sonido misterioso del poema, el otro mundo de sonidos que son la poesía. Así el poema se convierte en la casa que alberga la luz y la noche, el misterio y la soledad, la hondura que hace la palabra y la que enciende el silencio. En muchos poetas vemos admitida esa búsqueda esencial del que quiere comprender el silencio del poema y en él el silencio del universo. El poeta nos hace partícipes de sus muchas paradojas. El mundo poético habita todo con sus infinitos imaginarios. El poeta busca que cada palabra

traiga una marca, de otro lenguaje inclusive, de otra lengua, y con ella el enigma esencial: el infinito tiempo. Un poeta como Borges, por ejemplo, es un hacedor: uno que busca refugiarse en el sonido para despertar en el sonido al poema.

Ha trabajado temas muy delicados como el esoterismo en sus estudios literarios acerca de la poesía. Por ejemplo, recordamos su trabajo sobre el poeta César Dávila Andrade, el poeta ecuatoriano que vivió en Venezuela un buen tiempo, y en Mérida, ciudad donde usted ahora vive y trabaja. Coméntenos sobre esta investigación, sobre esta obra, su valor y arrojo para nuestro tiempo.

Con Dávila Andrade he tenido un acercamiento a la poesía que deviene en símbolo, en misterio, en lenguaje cifrado, en casa donde mora el silencio, en sonido extraviado y puro, en palabra llena de agonía y, paradójicamente, vital y transformadora. Hace muy pocos días tuve el privilegio de hacer un pequeño texto para una antología de ensayos, una especie de homenaje a su pensamiento, a su escritura... Conocemos a ese Dávila poeta y narrador, sin igual, auténtico, profundo. Quizás no hemos tenido la oportunidad de leerlo con suma atención. Todo pequeño decir sobre este poeta no es sino una brizna leve y ruidosa sobre el valor esencial de su trabajo creativo.

Cada vez que mencionamos a Dávila Andrade se vienen de inmediato los juicios sobre él, su vida, su batallada vida, pero casi nunca sobre su obra, muy incomprendida aún. La tarea nuestra no es otra que la de intentar leer incesantemente su poesía y narrativa y, hoy día, su obra ensayística reunida. Cuando pienso en Dávila Andrade, pienso en la idea de destino, en esa idea trágica y tormentosa que viene desde la antigüedad, que guarda el precepto originario del significado de tragedia. Todos sabemos que esa idea de destino en el poeta es aún, quizás, más trágica. El poeta quiebra la costumbre, rompe la palabra para que ella diga desde adentro. Desafía a los dioses, combate con la noche y el día llevándose todo auestas. Lucha contra los titanes que gobiernan nuestro ahora. El poeta trastoca así el tiempo con la palabra para hacer con ella música y devolverla al poema. Cuando el poema no tiene esa música fundida que el poeta ha trasegado con los años, con la vida, con el dolor, con la afrenta, el poema no dice, se seca, desaparece. Fue así la tarea de César Dávila Andrade (1918-1967), fue así que nos llegó esa voz inmensa del poeta ecuatoriano que resuena con dolor en nuestras páginas. Su canto profundo y ronco trae los misterios de la vida y de la noche. Su canto viene golpeando el sueño inmóvil y abriendo el misterio de la palabra aún perdida para regresar con él al arco y la lira del lenguaje.

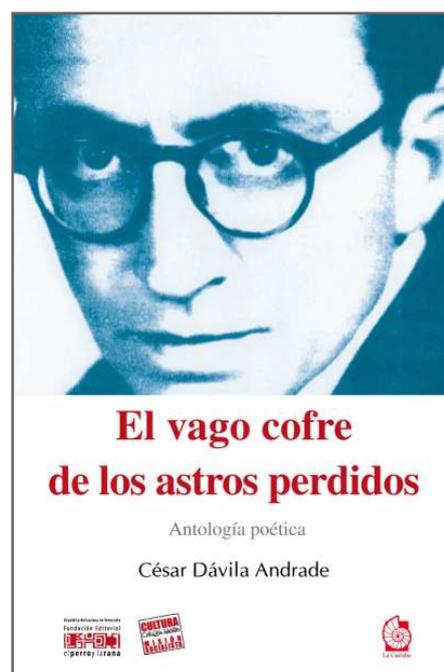
Aquella voz del hombre solitario es también por momentos la voz muda y transparente de la tierra. Es la voz del hombre nacido de la entraña de esta tierra que destinó la vida a descifrar el universo a través de la palabra y sus secretos.

Hoy, esa palabra está protegida en el recuerdo, está velada en el poema, está encendida en su poesía. Su voz viene de Cuenca, de una región de dioses y de hombres, de ritos antiguos y palabras milenarias que viven en sus calles; viene de ahí con sus aires y recuerdos para hacer casa entrañable en su poesía. Allí pasó los primeros años esta solitaria voz del Ecuador, el Ecuador amargo que ha guardado para siempre la imagen de los dioses en el corazón de su vientre. De allí trajo su magia a toda Latinoamérica. La voz de César Dávila Andrade transformó los destinos de la poesía latinoamericana. En él estalla la imagen de un hombre buscando incansablemente la esencia de las palabras y los símbolos guardados en el destino de los hombres. En él, el canto antiguo de la palabra perdida, la palabra de los dioses ancestrales que siguen combatiendo en el silencio del poema. Fue un poeta que cifró ese silencio bajo la piel de sus años en una obra que representa para nuestro tiempo la inimaginable tarea de escribir, de sufrir, de restituir a la poesía de esa transparencia que la protege misteriosamente.

En César Dávila Andrade se presenta un singular encuentro con esa poesía, un encuentro verdadero, sin ataduras, sin velos, sin máscaras, sin engaños; la ciega circunstancialidad de los azarosos momentos se volvió sobre sí, atacándolo invisiblemente. De allí las huellas en muchos de sus poemas hicieron la forja del poeta. De allí vienen muchos de sus poemas: poemas que son casas, casas que son silencios, silencios que son el aire sagrado de un cielo tembloroso, cielo de palabras perdidas, palabras antiguas y desamparadas que encuentran casa en el silencio del poeta.

Hoy, al volverlo a leer, al tenerlo presente y recordarlo, vamos al cercano abrazo de un hombre con su universo, de un hombre con su propia escritura, su pensamiento, su poesía, su vida, su muerte, su batallada muerte.

Dávila Andrade trasegó las palabras, las protegió de los dioses de los hombres, las hirió por los costados, las abandonó, las escondió para siempre en *El vago cofre de los astros perdidos* y las dejó escritas en las profundas páginas de una memoria, mostrándonos en ellas la inmensa y dolorosa tarea del poeta, mostrándonos en ella el sacrificio de los años, la pobreza, el abandono, la inútil forma de recorrer los días, el agobio que causa la costumbre y el intenso llanto que sangra en las palabras. El poeta nombra así a sus dioses y en toda cosa los presenta, abandonándonos en la fuerza que significan esos dioses.



Es el poeta el que enfrenta la tarea de conducirnos más allá de las formas y los sonidos de un poema; él y sus ojos, sus labios y su alma, marchan hacia aquello que será, haciendo que las palabras resuenen en ese lugar donde permanecen los verdaderos silencios, provocando, entonces, un largo camino a pie por este trágico destino, haciendo que el alma del hombre no se seque fuera del arte.

En cada línea de su pensamiento está volcada la vida, el enigma, la paradoja, los temas ancestrales del olvido, los sonidos íntimos del verbo que desciende afanoso por el Aqueronte. Es su retrato hecho de silencios y profundos significados, despejados u ocultos, los que con afán inefable se escriben, se desdibujan, se hacen carne y sangre en una obra de tiempo donde habita lo inconmensurable de su secreta soledad sin nombre.

Su íntimo cofre de astros perdidos también le permitió avisar las ideas. Pensó la escritura, el sonido puro de las palabras que otros dejaron como testimonio de su tránsito por este desierto y su hondura. Fatigó el silencio para escribir sobre los temas esenciales que le correspondieron y de los que se hizo partícipe al entrar navegante por la aventura del lenguaje. Sus contemporáneos merecieron su elogio y su atención. Merecieron también su delicado entusiasmo por descifrar el alma de sus palabras. Junto a ellos la escritura alcanzaba otro tiempo, otro abnegado compromiso que siempre le permitió decir calladamente.

El mundo esotérico asintió que abriera horizontes encendidos y apagados con igual intensidad. Las palabras fraguadas en el abismo, los secretos vulnerados que hizo suyos para restituirlos en el lenguaje, hizo posible que su obra siguiera protegida en el tiempo. Hoy intentamos abrazar este nuevo camino, tejido aquí entre estos ensayos reunidos tan gratamente, para comprender su labor a costas del sonido de las palabras que aún permanecen intactas y abren su mundo de significados protegidos. Aquí se advienen las imágenes que el pensamiento encuentra: un objeto, una señal, un olor, una marca, el símbolo otro de la antigua señal del Universo, una última cuerda de otro sonido o el mismo no olvidado aún, o posiblemente el legado secreto de un rito dionisiaco de la muerte y de la inmortalidad que queda atrapado en estos textos que él vuelve atajos abisales para comprender no solo la obra de la escritura misma, sino la suya propia.

Ese es su andar a ciegas por la tormenta, el que le permite encontrar en su palabra el latido afanoso de un verbo que busca incansable la comprensión del alma y del misterio que lo circunda. Dávila Andrade nos entrega sus lentes, apenas quebrados, para que podamos contemplar por dentro del papel las múltiples formas fragmentadas de las palabras que lo habitaron: el regalo de una vida, el oferente de sus victorias y derrotas, de sus hallazgos y de sus afanes voluntarios ante la entrañable incertidumbre del tiempo y su agonía.

En su estancia en Ecuador, sabemos, conoció a otros escritores que fueron amigos cercanos de Dávila Andrade. ¿Puede hablarnos de ese tiempo, de esa experiencia, de esos poetas?

Mi viaje al Ecuador sostuvo fija una idea, para mí, capital: la de estudiar y comprender el mundo de un poeta en sus ciudades. Dávila venía de Cuenca, llegó a Quito y allí hizo cercana su tarea a otros que le acompañaron en su secreta soledad. En Quito pude hablar con varios amigos del poeta en su tiempo, pero también pude apreciar, a través de los contactos, que el querido sobrino de Dávila Andrade, el escritor Jorge Dávila Vázquez, los otros rincones de la vida de un poeta, aquellos lugares y amigos, me permitieron seguir descubriendo una obra, la imagen de un hombre, la secreta soledad de un escritor, de uno tan particular como Dávila Andrade.

En ese Quito de comienzos de los 2000 me encontré con una ciudad y su sonido, sus calles, sus recuerdos. En Mérida ya había previsto ese viaje y lo había organizado conjuntamente con el querido profesor José Manuel Briceño Guerrero, amigo personal del poeta en su corta estancia en Mérida. Busqué incansable las calles del poema, las calles del poeta, las palabras de su juventud, los amigos, los recuerdos todos que nos hacían partícipes de sus legados. Estuve varios meses en bibliotecas y en entrevistas con creadores, amigos, poetas cercanos... Todos ellos me permitieron escuchar otras voces de Dávila Andrade, escuchar sus afrentas, encender con él el fuego secreto de otras palabras.

Fue en mayo de 2001 cuando visité aquella ciudad. Ciudad que me permitió caminar lento y tranquilo por una memoria. Conocí en ella a Jorge Enrique Adoum. El poeta Adoum me ayudó a mirar esa enorme relación de amistad, de fraternidad, de querencia, pero también me permitió ver la relación de Dávila Andrade con su padre, el Mago Jefa que había encendido una obra esotérica de la que Dávila Andrade se hizo partícipe. En la casa del poeta Adoum, el sol entraba por la palabra.

El sol encendía sus silencios protegidos, los anidaba para decir nuevamente, para cantar el abrazo de los recuerdos. Cada tarde comenzaba una ceremonia al traer como tema a un amigo, a uno grande, a uno verdadero, enigmático, singular.... Con esos encuentros regresaban los amigos de aquel tiempo. Los que nunca se han ido. Los que no han muerto. Adoum creía que todos estaban ahí, junto a nosotros cada tarde. Yo era más joven, sin duda, pero aquellos diálogos eran diálogos de viejos amigos, serenos y, por momentos, silenciosos.



Cuando recordábamos la estancia de Dávila en Quito, luego de su permanencia en Caracas, de sus amigos en Venezuela, todo volvía a la imagen viva del recuerdo. De todos ellos quedan las palabras como pedazos de tierra en las manos, como marcas sagradas que no se olvidan nunca. Son pedazos de alma en el silencio de estas palabras que los invocan. Palabras que dicen con alegría la vida, el aire puro de una ciudad viva y antigua que los reunió en algún momento para hacer, para decir, para sufrir, para amar, para cantar a todos los dioses y morir, quedando escondidos en el aire silencioso que aún recorre esta ciudad antigua y maravillosa, esta memoria de años y de historias de donde nunca se han ido los amigos, los recuerdos, los poemas, los aires secretos de la tradición.

Es en esa ciudad donde aún la palabra se aquieta con el sol por dentro, y lo hace para hacer volver al poeta a las entrañas de la memoria. En el recuerdo de los otros años está también la vida. Quito, ahora, es imagen de un diálogo entrañable. La ciudad deja en el aire los sonidos actuales para traer los otros más lejanos, para traer las voces de otros pueblos que también viven y duermen en sus entrañas.

Dávila Andrade y Adoum nos recuerdan que las voces profundas que vienen de todos los lugares de nuestra América también están aquí, y cantan y danzan susurrando en otras lenguas la magia del *Popol Vuh*, o la magia de los cantos guardados en el libro de los libros de *Chilam Balam*, o lo profundamente significativo de las oraciones de Huexotzingo, o de las mitologías kogi, o de la filosofía náhuatl, o de la poesía quechua... Las voces profundas vienen de ahí, de la tierra, de la conjunción de la tierra con el cielo, de sus dioses, de la cuna de sus antiguos dioses, del murmullo de ellos protegido en la Isla del Sol o en la Casa de la Luna o en los días solsticiales que los encuentran con el pueblo de ahora, o en la magia de la planicie de los secretos antiguos, o vienen desde el sonoro silencio, ahora escondido en las lenguas originarias que también se hablan aquí en esta ciudad amurallada por la poesía. Aquí también está el canto de nuestros poetas celebrados.

De ese encuentro con Adoum hoy vuelvo sobre los nombres y los quehaceres de esos padres culturales que avivaron al Ecuador. De la lengua que ahí ha quedado ha nacido una excelsa poesía. De esa lengua que no pudieron extinguir tenemos hoy monumentos como el Boletín y elegía de las mitas de Dávila Andrade. De esas lenguas tenemos también en otras formas más cercanas la obra de un Guayasamín: pintura que habita a los hombres de hoy en esta ciudad.

Es esta ciudad la que también guarda en sus lugares sagrados los sonidos de las Américas, de sus montañas, del aire puro de sus cielos ancestrales. También ahí está la palabra del poeta. Viene con su silencio y se vuelve sonido en el misterio de las nuevas voces atrapadas y no en la poesía.

De esta auténtica comunión tenemos en nuestra poética latinoamericana, como herencia, las voces y los secretos de esas voces que se han hecho tierra en la poesía, piedra dura e inamovible. Así Bello, Darío, Vallejo, Huidobro, Borges, Mistral, Neruda, Paz, Lezama, Gelman, Cortázar, Dávila Andrade, Gerbasi, Montejo...

De ese telurismo viene la voz viva de Adoum, viene de su Ecuador amargo hasta sus cantos Del amor desenterrado. De esa tierra adentro, del misterio de la noche protegida en ella, viene la voz, la señal de una identidad que reconcilia al poeta con el lado sagrado de la palabra, guardando, protegiendo en él el misterio del lenguaje poético.

Recuerdo esas tardes como si fueran de estos días más cercanos. Hablábamos en silencio. Nos dijimos lo fraterno. Celebramos esta ciudad y todas las ciudades que aún preservan el recuerdo de Dávila Andrade. Todo ello ha quedado en las palabras, en el recuerdo. No se olvidan. Adoum vivía a la altura de un edificio que nos permitía divisar una gran parte de un Quito moderno y luminoso, de una ciudad que aún respira el aire antiguo de una herencia de tierra sagrada. Años antes las palabras nos decían de un diálogo recurrente. Los temas no eran otros que los amigos como lo he mencionado. La amistad poética abrió las puertas de un diálogo siempre cercano entre Ecuador y Venezuela. Benjamín Carrión trabajó incansablemente por hacer que Ecuador mantuviese estos encuentros entrañables desde la cultura como potencia. Fue él quien defendió la nueva literatura ecuatoriana. Fue él quien hizo más grande la patria ecuatoriana, fue él el primero que dijo Palacio, Cuadra, Pareja, Icaza, Dávila Andrade, Carrera, Guayasamín... fue él quien abrió las puertas de una casa para la cultura, para recibirlos en la memoria y dejarlos en el papel como sangre viva para el Ecuador. Fue él quien permitió que se abrazaran la cultura venezolana y ecuatoriana. Benjamín Carrión, Juan Liscano, Dávila Andrade, Juan Sánchez Peláez, José Ramón Medina... De Quito a Caracas, las palabras se guardaban para abrazar la poesía. De Caracas a Quito, el recuerdo de las voces vivas que lo acompañaban se hacían fraternas. En la poesía el diálogo profundo vive y se sostiene también gracias al silencio de la distancia.

Hablamos de ese diálogo. De Dávila Andrade, su hermano del alma, el faquir de la poesía ecuatoriana, de quien yo andaba buscando en ese momento algunos de sus sonidos aún protegidos en el Ecuador. Él también preservaba esos sonidos en el recuerdo de su amigo cercano. Algunos de esos sonidos que buscaba para decirlos estaban esa tarde ahí, bajo el sol de esa tarde, ahí. Desde entonces, Jorge Enrique Adoum avivó mi cercanía con la poesía ecuatoriana. Él y su tiempo otro en el poema me ayudaron a encontrar una ciudad. Él y el rostro de su padre y las palabras del amigo me ayudaron a entrar en una ciudad para comprender una historia, una vida, un mundo posible en las letras de este país. Este diálogo también fue fecundo gracias a las palabras fraternas de Jorge Dávila Vázquez en otra ciudad magnífica: Cuenca. Este diálogo aún es posible gracias a estos recuerdos. Después de todos estos años quedan otros tiempos escondidos en la poesía que suena en las páginas de la memoria. Ecuador es ya palabra en la poesía, es sonido en el poema, es silencio en la música secreta de una ciudad y otras que la recuerdan permanentemente porque respira en ellas. No puedo dejar de decir que Ecuador es también Jara Idrovo, otro de los amigos entrañables del poeta en Cuenca.

Con él pude conversar otras tardes de aquel tiempo bajo el sonido íntimo del río Tomebamba. Hoy la voz del poeta vibra en los jóvenes que escriben y se encuentran con la tradición, con la magia de su voz, con el resplandor de su sonido, puro, íntimo y sobre todo profundo.

¿Qué es lo esencial en el poema de acuerdo a tu experiencia como lector de poesía?

¿Qué dice la piel en el poema? ¿Qué es aquello que va más allá del cuerpo o que, saliendo de él, regresa hecho palabra, sonido, símbolo acaso de otro encuentro, de otro aliento que deja de ese cuerpo, que deja de tener espacio en él y se vacía de todo? ¿Qué duerme allá adentro en la esfera cotidiana de lo momentáneo? ¿Qué despierta? El tiempo ha hecho mella en el destino de la palabra, negándole muchas veces su auténtica sonoridad. En el ámbito de la poesía encontramos escondido el significado puro que la aviva más allá del cuerpo, más acá del recinto íntimo que cobija el sonido del verbo. Cuando se trata de volver a un lugar recóndito, poco explorado, poco dicho, entonces el poema se sacude y vuelve al lugar de lo prometido. La antigua y forzada nostalgia de los que no encuentran en la palabra su espejo, hacen del poema una casa. Casa que trasciende el significado ya.

Es honda la herida. Lejana la ausencia. El fulgor que la atraviesa se vuelve silencio antes que palabra. No permite que se vulnere la intimidad con otras sentencias. En el dominio del papel, el poema se esconde, se sacude, vuelve a su lugar primigenio: el eco escondido en la memoria. ¿Qué silencia la palabra cuando ella dice? ¿Qué canta el poema cuando abraza lo íntimo, cuando trasciende las convenciones, cuando se deja ir más allá de la aventura sonora del decir, del cantar, del callar? El poema ha sabido protegerse con las corazas que el tiempo impone. La poesía venezolana ha dictado en estos nuevos tiempos otras formas de regresar a la batalla silenciosa de decir la piel, de sacudirla, de volverla poema, permitiendo que algunos poetas desentrañen el espacio íntimo para volverlo poética de escritura. Podríamos decir lo callado en algunos poetas singulares de Venezuela.

Un poeta yace al borde de las palabras. Su cuerpo: puente de silencios. Su grito: relámpago de soledades, furia de acordes rotos que se hacen en el papel y se buscan y se encuentran bajo la tinta oscura de la palabra, bajo el sonido etéreo que circula en la página lejana.

La poesía busca acomodo. Logra decir de otra forma. Dice de otras múltiples maneras. Anota para el tiempo una experiencia nueva o renovada, sonora, íntima, profundamente auténtica. Inquieta el lenguaje. Sacude el silencio y lo ilumina. Busca amparo en las rendijas donde lo esencial se esconde de la intemperie.

También le han interesado las obras de algunas mujeres que marcaron la poesía de Latinoamérica con su piel, con su don, con su sonido transparente. Háblenos de esa cercanía con estas voces.

He leído lentamente la obra de algunas poetisas que me son muy especiales en el encuentro con la poesía en lengua castellana, sobre todo algunas poetisas de Latinoamérica como Alejandra Pizarnik, Rosario Castellanos, Blanca Varela, y algunas venezolanas como Hanni Ossott, Reyna Rivas, Miyó Vestrini, Antonia Palacios, Patricia Guzmán..., voces con las que me siento en deuda permanente.

Las obras de estas mujeres, en particular, han legado a la poesía su intimidad. Hubo otros temas siempre en la escritura poética de Latinoamérica, no tan entrañables, tan profundamente significativos, tan hechos a piel y dolor, tan dolorosos, llenos de misterio, de desdicha y olvido: todo un mapa de temas negados o dejados de lado porque eran los espacios de la mujer, del silencio, del sacrificio, del tormento que impone la sociedad. En ese afán desigual que impone la creación, están escritas las obras de muchas poetisas en este continente. Tarea ardua y tempestuosa. Trabajo que la poeta sabe trazar en el papel, con dolor, delicadeza, vislumbrando para el tiempo algo de eso esencial que constituye su lenguaje siempre transparente. Ellas se hicieron palabra en la intimidad, en la soledad y el desamparo, ellas nos hacen regresar a la memoria, la casa, la morada que es la casa en el lenguaje... Todas ellas nos permiten comprender el lado secreto y vulnerable de la palabra, el lado misterioso del verbo que se hace carne, sonido, noche aciaga, del lado de la palabra que también es afrenta cotidiana. Olga Orozco viene de ahí, de esa extraña y sorprendente forma de la memoria que hace palabras y que, al dejarlas en el papel, las vuelve a ese misterio protegido. La he escuchado recientemente. Su voz, el aliento que sostienen sus palabras, me sigue inquietando. "Mi historia está en mis manos y en las manos con que otros las tatuaron", nos dice. Su poesía desentraña la noche, el enigma de la noche, la luz de la noche. También evoca la infancia, el aire puro de la vida, el recuerdo secreto que anima a la palabra. La sigo escuchando para saber cómo es esta palabra de ella hoy, entre nosotros, renovada; para saber qué aire vuelve a traer, qué aroma es su piel.

Su poesía es un encuentro donde palabra y sonido suceden. Suceden para desentrañar ese misterio de la creación poética. Su voz hoy sigue teniendo la fuerza que le dieron sus primeros libros. Olga Orozco se ha hundido como raíz en la poesía de América Latina. Lo hizo con la fuerza de un lenguaje poético que venía de la tierra, de adentro, de abajo, trayendo la sabia que nos habita, nos constituye. Esa esencia la dejó en el papel del tiempo para que pudiéramos llevarla, volverla a encontrar, volverla para cada instante. A través de la poesía nos permitió interrogar cuándo, de verdad, puede decir el poeta; cuándo la palabra en él busca su propio aire, su solo recorrido sin límite, sin medida, sin agonía.

Quizás cuando el destino sea como el del sello irreversible que dejan no solo las penas, sino la unánime noche, el destierro, el sueño, la realidad, los adioses y la inmensidad del sonido en las palabras.

Desde lejos, la poeta, con sus pocas o muchas palabras, clamó a la noche, al papel, a la tinta olvidada y ya reseca. Clamó a la oscura noche con sus voces lejanas, tumultuosas, metidas en el laberinto del lenguaje. Una poeta como Olga Orozco nos permite vislumbrar que estamos en otro momento, uno distinto, uno que nos aleja, y nos olvida a todos. Sus palabras, dotadas de modestia, lúcidas, como arrancadas de esa tierra, combaten con lo trivial, lo vacío, lo engañoso, lo que antepone a quienes nos ofrecen brillos falsos, palabras vacías, sonidos ya muertos.

Hoy visitamos su poesía. Entramos en su mundo de palabras. En sus ojos ahora abiertos por la nostalgia. En sus manos aún no cerradas por la noche. En su silencio, para habitar con él el poema, el canto último de su eco aún guardado. Visitamos a Olga Orozco cuando la leemos en voz alta para resguardar con ella lo vivido.

También de ahí viene la voz de Pizarnik. En ella la poesía no ambiciona como casa una cárcel de papel; ese no es su verdadero destino en esta singular obra. Sin embargo, nos esforzamos en atraparla y creemos que lo logramos al ponerla bajo el dominio de la tinta. Algo de su esencia fundamental se queda por fuera; algo de su esencia fundamental no resiste el caparazón que le imponemos. Al hacerlo, la llevamos hacia el olvido y la resequedad, y contribuimos quizás, incansablemente, con esta pena.

La poesía está en la memoria y en el sonido que nace del recuerdo que trae cada palabra venida de otro tiempo, de otra tradición, de otro lenguaje más ajeno que añoramos y que los poetas saben subir a las escalas musicales del lenguaje una vez se tropiezan con él. En Alejandra Pizarnik convive el viejo aroma del lenguaje y su afanosa necesidad de volverse sonido puro, así como también la tarea del escribano a sueldo de la vida, que se teje y se desteje en las páginas secretas de sus diarios para decir, para hacer, para marcar con otro aliento el sonido misterioso del lenguaje. Estos son dos de los lados de una obra, juntos danzan hacia la superficie movediza de la infancia para decir desde allí la vida toda.

Con Rosario Castellanos me ocurre algo similar. Su voz es la voz que merodea la página en un encuentro a oscuras con la vida. Voz que viene del alma de una mujer que vislumbró las contradicciones del mundo en sus propios días. Voz venida de muy lejos, de adentro, de un estallido oculto en la palabra. Voz despierta y sonora. Voz que desentrañaba la piel de su existencia como herencia para decir, para callar, para cantar, para llorar, para escribir la agonía y el aire puro de un nuevo tiempo. Breve y profundamente prolijo es su destino. Luchó incansablemente por darle sonido puro a los negados, a los excluidos, a los seres desgarrados por la inclemencia de los señores dueños del tiempo de entonces en su México de siempre: los indígenas de Chiapas.

Comitán fue ese lugar que le hizo ver esta agonía y el desmesurado trato que aún hoy este pueblo sigue sufriendo y, en ellos y con ellos, los otros pueblos indígenas de la América. Ellos comienzan a tener rostro en la obra de Rosario Castellanos, se hacen palabra, imagen y silencio en su rostro, permitiéndole así volver con ellos a sus mundos míticos y simbólicos. Ellos se convirtieron en los rostros de otros rostros de estas antiguas tradiciones, pero también en sus obras pudieron ser los rostros de otras culturas, de otras lenguas, de otros abrazos que estaban entrañablemente ahogados en nuestro ahora, porque aún siguen cargando a cuestas este dolor antiguo de sus pueblos. Hoy su voz es una señal de enigmas que nos invita a recorrerlos, no solo en la memoria, sino en los ojos, en las manos, en los sueños, y sus palabras son las palabras de ellos entre nosotros que aún gritan, aún cantan, aún celebran sus dioses y sus misterios.

Con la poesía de las poetas venezolanas vuelvo a la reflexión de estos temas. Son lecturas que mantengo encendidas, que visito, que encuentro. En ellas pasa la página sin extraviar la palabra. Celebro que sea así, que podamos aún encontrar la magia del verbo en estos poemas, en estas obras, en las voces entrañables de estas mujeres que aún nos dictan en poemas sus secretos.

¿Qué otros poetas han merecido su atención?

Muchos poetas, sin duda... pero puedo referirme a algunos que, desde que estudiaba en la universidad, me han sido tan particulares, tan vitales para todo lo que emprendí en mis estudios universitarios y en la vida y, aún más, para todo lo que aún emprendo.

Octavio Paz fue un universo en la poesía, un acontecimiento en la creación poética para nuestro tiempo ciego y acallado. México: el centro de su palabra. Paz nos permitió comprender la magia de crecer bajo el cuidado de una biblioteca heredada por su abuelo. De vislumbrar un destino ya en las letras. Nosotros no hemos podido tener ese maravilloso legado, pero lo vemos y apreciamos en su obra. Creció con el sueño de una vieja casa de fines del siglo XIX a las afueras de la ciudad de México. Allí respiró la frondosidad de la aventura: una rama de viento que le hizo explorar la vida y en ella las palabras de la vida: esas que recorren con la sangre el alma de los silencios. Heredó ese copioso mundo de la soledad. Lo hizo suyo en cada gesto traducido bajo el cuidado de otros dioses. En las palabras: movimientos, el aura callada de la agonía. La voz de los contemporáneos también se hizo suyo, una sombra de tiempo en la creación. El abismo de la soledad de otros se hizo también suyo. Octavio Paz dice de sí en cada línea de sus poemas y al decirse se va olvidando en el sonido para volverse nuevamente poesía: eco profundo de la existencia.

¿Hacia dónde nos lleva la palabra? Hacia la hondura silenciosa de otras palabras o hacia la superficie llana de los silencios.

El poeta sale a un exilio para regresar luego con los ojos abiertos y así comunicarnos la experiencia sagrada del lenguaje. Octavio Paz hizo palabra en la palabra de la tradición poética. Nos trajo de otros esplendores, de otros amaneceres, de otras noches, de otros soles su fuego secreto y permitió que la palabra fuera casa de la poesía. La verdadera palabra es casa de la poesía y el poeta, el indudable artifice de esa palabra, se vuelve música en el lenguaje secreto de la vida. Es él quien hace que lo pequeño, lo aparentemente invisible, lo privado de significado, lo lejano, se haga propio, vívido, natural y muchas veces tan cercano que, por momentos, se olvida, se borra, se disipa en la agónica y artificial carrera que es la vida. Quizás esas pequeñas cosas son las que hacen el día, son las que duermen y cuidan la noche, son las que el poeta protege para el tiempo, para el sonido del poema.

Otro poeta para mí esencial por su condición tan cercana a la mía, la de mi infancia, es Miguel Hernández Gilabert, el poeta que nació en Orihuela en 1910. Hijo del campo, del olor de la tierra creadora, del aire puro del río Segura, de las calles de un pueblo que siempre guardó en su alma, de la sierra protectora de su voz: esa fortaleza tatuada en el tiempo y en su poesía.

Miguel Hernández, de niño, preservó con empeño su deseo por las letras, por hacer de su mundo un mundo en la poesía y para la poesía. Su corta vida entregada al oficio de la escritura lo llevó siempre de un lugar a otro para hacerse poeta, ya no solo poeta pastor, sino el poeta que cantaría a la España profunda del dolor y de la muerte en los años de ausencia, de abandono, los años del franquismo aniquilador de la esperanza, los años de un tiempo desolado. Así de Orihuela, de esos recuerdos de la Tahona, donde recitaría sus primeros versos en compañía de sus amigos, de esos años donde cultivaría la devota palabra para su hermano de las letras, Ramón Sijé, viajó a Madrid para hacerse conocer como escritor, pero esta ciudad lo despidió prontamente al no brindarle la oportunidad de trabajo y de solidaridad que esperaba. Su empeño fue más fuerte, su entusiasmo por aprender siempre por su propia cuenta fue más fuerte, su deseo por hacer de las letras su mundo fue más fuerte. Es por ello que su obra comienza un nuevo recorrido y reconocimiento luego de la publicación de su primer libro, *Perito en lunas*, y con él regresaría nuevamente al mundo madrileño donde esta vez sería recibido más amablemente.

Siempre reclamó para sí el reconocimiento sabiéndose lejos de esos otros que escribían en su tiempo para ser celebrados solo por ser herederos de la academia o de la moda literaria. Reclamó la atención de poetas como Lorca, a quien le pidió comentarios a su primer libro y no lo hizo. Reclamó a Madrid el poco reconocimiento a su trabajo de entonces. No fueron muchos los que sí vieron en él la fuerza de un lenguaje poético verdadero. Aunque muchos lo sabían y sabían que en Miguel Hernández habitaba una auténtica búsqueda por la palabra, pero, aun así, siempre lo dejaron al margen por las apariencias engañosas a las que se acostumbran algunos hombres de letras que viven en las ciudades.

No se sintió a gusto en Madrid; por eso vuelve no solo a su Orihuela de nacimiento, sino a los otros muchos pueblos de España donde el dolor, el hambre, la soledad, la pobreza, embargaban la esperanza.

Pero fue ese Madrid, sin embargo, el que le permitió la cercanía y el reconocimiento de dos amigos entrañables que celebrarían siempre su obra: Pablo Neruda y Vicente Aleixandre. María Zambrano siempre nos recordó que “Miguel Hernández es uno de esos seres que al extinguirse se encienden. Hermano de la tierra y del sol”. Esas palabras de María Zambrano nos siguen acompañando a la hora de recordar y celebrar la obra de Miguel Hernández. Su obra será siempre el hilo puro de la piedra que se guardó en la entraña de España para decir, para gritar, para cantar su pena y su alegría. No muchos lo quisieron escuchar. Quizás esos muchos fueron los mismos que tampoco quisieron desterrar aquella sombra nefasta que los inundó. Y los pocos que sí lo hicieron fueron los extraños, los amigos de otro tiempo, los que vieron en su obra ese destello.

A la obra de Miguel Hernández, luego de su muerte, la quisieron negar, olvidar, arrinconar, inclusive borrar, pero nada pudo el franquismo. La fuerza de su lenguaje, la música de su poesía, la forma sencilla de su expresión llegaba más lejos de lo esperado y así atravesó el tiempo y se hizo canto en la España, imponiéndose a la negación y el abandono, y, luego de los años, conseguiría resonancia en las voces de Ibáñez y Serrat, entre muchos otros. Llegó así al oído del alma de todos los pueblos españoles y de la América, y a las lenguas de los otros países europeos. Hoy sigue sonando entre nosotros, sigue brotando su aroma en nuestro tiempo, que sabemos a veces reseco y olvidado.

Todos sabemos que esta obra crece en secreto desde la poesía más sublime hecha con la vitalidad de la más humilde y sentida palabra, esa que se despoja de la falsedad y de la forma superficial de las horas muertas de la vida.

Hoy queremos recordar a esta voz de nuestras voces de la lengua castellana. Recordarla para volverla a escuchar silenciosamente. Porque al recordarla nos permitimos avivar algo de esa entrañable nostalgia con la que se vive y se lucha, con la que encontramos el secreto sonido de su métrica, el ruido y la imagen protegida por el poeta en esta obra, que siempre nos espera para acompañarnos, para llevarnos por las calles de Orihuela, por las calles de Madrid, por la tristeza, por el dolor, la pena, por la amargura, la desesperada soledad y la muerte. Su poesía avivó en el alma, con celo y con orgullo, la palabra, el canto de la pradera. Su voz es la incesante voz de los solitarios que nos piensan desde sus sonidos.

Hay otros nombres, muchos en la tradición de la poesía en lengua castellana que me son cercanos y profundamente esenciales, pero hablo apenas de un par de ellos, de dos formas de escritura, de dos mundos, en apariencia lejanos y distantes, pero sabemos que no es así. Muchas de las obras poéticas tienen ese don, esa raíz, el lugar sencillo como destino.

¿Puede hablarnos de su más reciente libro, *Decir un día*, publicado por Acirema? En él hemos celebrado la tarea poética que, a lo largo de su vida, ha llevado.

Hace algunos unos meses salió de mis cuadernos este viejo y nuevo libro. Lo venía escribiendo silenciosamente. Tengo ya varios años con este oficio de escribir todos los días: no importa que lo que llegue al papel sean solo impresiones, comentarios, notas, citas, poemas, reflexiones, o algunas palabras que escucho en la calle, o algunas ideas que vienen a través de los sueños. Escribir es una forma de no llegar al olvido tan tempranamente...

El ejercicio de llegar al papel para apuntar o hacer notas, sin duda, es por ese temor al olvido, un acto necesario para encender la sílaba silenciosa que me acompaña secretamente. Por ello llevo siempre conmigo una libreta para anotar el instante. Las pequeñas señales que me regalan las horas van al suplicio de ese papel. Es un ejercicio que no sabemos a dónde llegará; al menos yo nada sé hasta ahora. No pienso en el fin. Solo escribo y dibujo lo vivido en palabras, dibujando en ellas el silencio, dejando por completo estas horas detenidas en el abrazo secreto de la memoria y, por qué no, también en la desmemoria.

Cuando regreso a los cuadernos, sé que el papel podrá guardar algo de ese instante que apalabro. Manchas de tinta se hospedan así en mi alegría y mi dolor.



Decir un día es el libro que más dolencias me ha causado. Lo escribí bajo el impulso de la derrota. No sabía lo que iba a ocurrir con este libro. Bajo esa aura de dolor que es para cada uno de nosotros la muerte de un ser querido, fueron naciendo estas páginas. No quisiera explicar lo que está escrito. Solo quiero decir lo que me llevó a dejar estas hojas enfurecidas.

Un nuevo libro es un viejo libro. Nunca sabemos lo que está detrás de sus páginas. No podríamos saber las líneas que lo circundan desde otro tiempo. Un viejo y nuevo libro así escrito es, ante todo, un viejo lugar para las palabras nuevas o, quizás, uno nuevo para las viejas formas del lenguaje.

En este libro hice un esfuerzo mayor para traer las fuerzas necesarias al papel. Ese cada día atormentado era un compromiso en primera instancia conmigo, pero la palabra no venía así por compromisos: ella no salía, se vaciaba del ahora y se atragantaba en la memoria, se hundía entonces en otro vencido recuerdo, se atormentaba en el abismo de mi silencio. En este libro, la insistencia es mayor, porque el deseo de que las palabras encuentren reposo en el papel es un compromiso mayor: no sé si el papel es digno de ellas o ellas dignas de ese lugar aciago.

En *Decir un día* no dejo otra tarea distinta sino esa: el papel está marcado por un aire ya enfurecido. *Decir un día* en ese papel no ha sido sencillo. Al decirlo, sale, camina, anda a ciegas, pero anda, se quita la sombra que lo agobia, tomas otras por cobijo, se detiene en otro cielo menos atormentado.

Un breve recuerdo íntimo para poder entrar en este libro con otra mirada: estuve presente el día que el médico le dijo a un querido amigo y maestro, en una de esas clínicas donde estuvo, que le daría una noticia no muy grata para su urgencia médica de entonces. Ese día me pidió que le llevara café a escondidas, y no pude negarme. El médico llegó, y me pidió que me retirara, pero él, mi amigo, me permitió quedarme ahí escuchando. El médico le dijo luego de unos ya elaborados exámenes que su cuerpo no podía más, que su cuerpo no le permitiría seguir, que su cuerpo ya estaba silenciando los días, que, a sus años, el cuerpo estaba renunciando a seguir acompañándolo. Él se quedó ahí, esperando decir, sabiendo callar ese momento. No dijo. No comentó nada. Calló ante esa sentencia. Y yo en silencio le serví café. El día se había roto también para mí. De alguna manera, a partir de ese momento, comencé a pensar lo terrible y doloroso de saberse ya en el final de los días, imposibilitado a continuar, sabiendo que en el anhelo de vivir se había quebrado algo y el cuerpo había sido partícipe de ese resquebrajamiento, de la nueva derrota. Toda ilusión y sueño, toda palabra para que el mundo cambiara estaba ausente, perdía sentido, carecía de apoyo verdadero. A partir de ese día comencé a decir desde esa voz, y creí decirlo de una forma, no sé si podía decirlo, pero lo intenté una y otra vez guardando silencio e imponiéndole a las palabras ese silencio.

Vuelvo a decirlo para que yo no pueda olvidarlo: escribí bajo ese impulso de la derrota que significaba aceptar ese peso para los últimos días. No porque la muerte sea extraña, sino porque los días para su llegada ya tenían calculado un tiempo. Por eso, este es un libro triste; lo sé. La poesía no ha buscado esa pena que yo le he impuesto. Sentí la necesidad de ponerle voz a muchos de mis viejos ecos: mis abuelos, mis padres, mis amigos mayores, mis profesores, seres del alma que han acompañado: mis maestros de cada día. He pasado a lo largo de mis años muy cercano a ellos. Vengo de un lugar que, de alguna manera, también es el de muchos en Venezuela, en Latinoamérica, en el mundo, donde los mayores lo son todo. Al leer este libro, los escucho, los pienso y dejo, en las líneas de cada poema, que sus voces me guíen hacia algo de esos años, hacia algo de sus palabras, de sus abrazos, de sus silencios, y no sé si logre encontrar ese misterio, esa magia, esa agonía verdadera en estos poemas. Algo está ahí; lo sé.

Decir un día, bajo la afrenta del dolor, me ha llevado a estas páginas que son hoy un libro. Uno solo deja algunos bordes y en ellos algunas palabras. Quizás ellas nos permitan cuidar, proteger el poema de la tinta siniestra, tormentosa y a veces escurridiza: aquella que quiebra lo menudo, el lado más frágil de la pena; aquella que vislumbra la palabra que no ha dicho, que debe decir y que nosotros callamos por temor a los dioses funestos del destino.

Decir un día me ha arrancado de la costumbre, ese acto fatídico que nos devora y nos doblega consumiéndonos en el lento y pavoroso desprecio que protegemos en la ingenuidad de las horas. Decir un día me ha dejado sin aliento. Escribir la pena final, la hora aciaga, el trago amargo del desprecio en el abismo insondable que vamos a pasar algún día no lejano, es una verdadera afrenta que la palabra no logra proteger. ¿De qué podríamos salvaguardarnos? De tener los ojos abiertos ante la dura batalla de saber el último día. Estas páginas son esa afrenta, son ese refugio en medio del otro fulgor, el que nos arrastra hasta el destino final: el hilo que se desamarra ante el secreto del silencio impostergerable.

El poeta no puede quebrar su destino entre las palabras; muy al contrario, ha de llevarlo a otras formas, quizás más cercanas, más dolorosas, menos vacías, que permitan que el poema viaje al lector golpeándolo en la cara sin que lo perciba su nueva condena. Así va haciéndolo partícipe de la amargura, con límpida voluntad, con ímpetu, pero también con la angustia del desamparo, del arriesgado círculo de la lucha, de la imposible victoria sin la sangre, del secreto compartido en la disputa: toda una realidad sonora llena de horror y de miseria; esa es la condición que heredamos y no sabemos, que recogemos del silencio, de los días aciagos o de aquellos días que pasan por nuestras horas sin ajustes. En este libro, el poema recibe esa amargura y la protege al volverla transparente en el lenguaje, al hacerla dolor en la música que lo vigila, al dejarla como eco en la fría y tempestuosa orfandad que acompaña cada línea en él, cada secreto.